

Turquía recupera el pulso

¿Por qué falló el golpe?

EDWARD LUTTWAK



La regla número dos a la hora de planificar un golpe militar es que todas las fuerzas móviles que no participen en la intentona –y ello incluye, por supuesto, los escuadrones de cazas– deben ser inmovilizadas o encontrarse en zonas demasiado remotas para que puedan intervenir.

Los golpistas turcos no fueron capaces de garantizarse esa condición; por ello, en lugar de verse reforzados a medida que se desarrollaban los acontecimientos, se encontraron con una oposición cada vez mayor. De todos modos, puede que ese factor no influyera demasiado en el resultado final porque ya habían infringido la regla número uno, que es, antes que nada, capturar o matar al jefe de Estado.

Los golpistas turcos no consiguieron hacer eso, de modo que el presidente Recep Tayyip Erdogan tuvo la posibilidad de pedir a sus seguidores que se opusieran al intento de golpe, primero por iPhone y luego por algo parecido a una rueda de prensa televisada desde el aeropuerto de Estambul.

Resultó de lo más paradójico que hablara bajo el retrato oficial de Mustafa Kemal Atatürk, fundador del Estado moderno y laico turco, porque el primordial objetivo de Erdogan desde su entrada en política ha sido sustituir ese Estado por una república islámica con medidas de todo tipo, desde el cierre de los institutos laicos para derivar los alumnos a las madrasas o las graduales prohibiciones de venta de alcohol hasta la conversión en mezquitas de importantes museos que habían sido con anterioridad iglesias y también la frenética construcción de nuevas mezquitas en todas partes, incluso en las universidades, donde hasta hacía poco estaba prohibido el uso del velo.

Las escenas televisadas de las multitudes que salieron a oponerse al golpe han sido muy reveladoras: sólo había hombres con bigote (los turcos laicos los evitan

E. LUTTWAK, autor de 'Coup d'état: a practical handbook', Harvard University Press (2016) Edición revisada.

rigurosamente), sin que se viera ni a una sola mujer, y sus consignas no era patrióticas sino islámicas: no dejaban de gritar "Dios es grande".

También ha sido de lo más paradójico el rápido y total respaldo dado en nombre de la democracia por el presidente Obama, la canciller Angela Merkel y la responsable de la diplomacia de la UE Federica Mogherini, porque Erdogan ha hecho todo lo posible por dismantlar la frágil demo-

brado como primer ministro al servil y obediente Binali Yıldırım (su antecesor, Ahmet Davutoglu, fue muy leal, pero no servil) y ha socavado aún más el orden constitucional convocando consejos de ministros presididos por él mismo en su flamante palacio de mil habitaciones, una monstruosidad de trescientos mil metros cuadrados (la Casa Blanca tiene cinco mil) que ha costado varios centenares de millones de euros y que se ha construido sin autori-

es evidente que los seguidores de Erdogan no conceden valor alguno a los principios democráticos ni a la legalidad como tal, y piensan que es de lo más natural que él y sus hijos se hayan enriquecido de modo tan desmesurado.

Cuando Erdogan culpa de cualquier cosa que vaya mal (incluida su decisión de reemprender la guerra contra los kurdos) a los extranjeros, EE.UU. (no podía faltar) y a quien ya se sabe (el "pueblo del sábado"), sus segui-

dogan y sus seguidores del dismantelamiento de la república secular de Atatürk, el auge de los sanguinarios extremistas suníes en Siria (Estado Islámico y Frente Al Nusra), que ahora extienden ya su influencia por Turquía con un sigiloso reclutamiento de suicidas, y por el reinicio deliberado de la guerra contra los kurdos en el 2015 por burdas razones políticas, una guerra que se cobra vidas de soldados todos los días y que amenaza la propia supervivencia de Turquía en sus fronteras actuales (los kurdos constituyen una clara mayoría en las provincias orientales). Los planificadores de un golpe militar no necesitan reunir a muchos soldados y pilotos para tener éxito, siempre que los oficiales reacios a cooperar sean detenidos y que el éxito inicial induzca a muchos más a sumarse a ellos. Sin embar-



GOKHAN TAN / GETTY

Aligerando peso. Los soldados que participaron en el golpe militar fueron abandonados sus ropas y su armamento, incluidos carros blindados, conforme se iban rindiendo al poder civil

cracia turca, desde ordenar la detención de periodistas que lo criticaban y la incautación de todos los bienes y el cierre del mayor periódico del país, *Zaman*, hasta ejercer de modo abusivo el poder presidencial, porque Turquía no es una república presidencialista como Estados Unidos o Francia, sino más bien una república parlamentaria como Alemania o Italia, con un presidente casi ceremonial y un primer ministro que ejerce el verdadero poder.

Incapaz de cambiar la Constitución porque su partido no dispone de suficientes escaños en el Parlamento, Erdogan ha nom-

brado de fondos ni permisos legales en medio de una zona natural protegida. Ése es el modus operandi habitual de Erdogan, que empezó vendiendo limonada de joven por las calles de Estambul y ahora es multimillonario.

Cuando los fiscales que investigaban a sus socios y a sus hijos Bilal y Burak por soborno, corrupción, fraude, blanqueo de dinero y contrabando de oro encontraron varios millones en efectivo, 350 agentes de policía y todos los fiscales implicados perdieron sus puestos de trabajo.

Interesados únicamente en la incesante islamización del país,

ellos lo creen a pies juntillas, y lo mismo ocurre con las extravagantes acusaciones de terrorismo que lanza contra Fetullah Gülen, un dirigente religioso turco hoy residente en Estados Unidos y en otro tiempo su incondicional aliado. Tras haber acusado a Gülen de la abortada investigación por corrupción, que describió como un "golpe judicial", ahora Erdogan también lo culpa a él y a sus seguidores del intento de golpe militar. Podría ser verdad hasta cierto punto, pero el caso es que los oficiales turcos no tienen ninguna necesidad de que Gülen los incite: responsabilizan a Er-

Los rebeldes infringieron la primera regla de un golpe: capturar o matar al jefe del Estado

go, los jefes de la cúpula militar turca ni planearon el golpe ni se unieron a él, sólo fue detenido un alto mando, el general Hulusi Akar, y los comandantes de las principales fuerzas se mantuvieron al margen, de manera que los responsables de la intentona (al parecer, menos de 2.000 efectivos, incluidos algunos miembros de la fuerza aérea) se vieron superados sin remedio en cuanto los seguidores del presidente Erdogan salieron por decenas de millares a las calles de Estambul. Los partidos de la oposición se opusieron todos al golpe, pero es mejor que no cuenten con la gratitud de Erdogan, porque es probable que la deriva hacia el gobierno autoritario continúe y incluso se acelere.

Como en otros países islámicos, las elecciones se comprenden bien y se valoran mucho, pero no ocurre lo mismo con la propia democracia, sus indispensables derechos individuales y su legalidad.

Traducción: Juan Gabriel López Guix

Gülen, el clérigo ahora culpado, fue el gran aliado de Erdogan

BARCELONA Redacción

Fetullah Gülen es lo que podría considerarse un teólogo islámico, un intelectual y un gran orador; incluso lo tildan de predicador, algunos en el bueno y otros en el mal sentido. Auto exiliado de Turquía en 1999, fue durante años el gran amigo y aliado del presidente Erdogan, especialmente en los primeros años de mandato, cuando los dejes autoritarios del mandatario turco no

habían aparecido. Erdogan culpa a Gülen de ser el promotor o el instigador del golpe de estado fallido del viernes por la noche.

No se trata, ni mucho menos, de la primera ocasión en que Erdogan culpa al teólogo de querer derrocarlo "desde Pensilvania", como dice el premier turco en alusión al estado norteamericano donde vive Gülen. Su enemistad se desató con virulencia cuando empezaron a proliferar procedimientos judiciales por corrup-

ción que afectaban al entorno de Erdogan, especialmente a su hijo Bilal. El presidente dio por hecho que el aparato judicial y los equipos policiales de investigación eran seguidores del movimiento llamado Hizmet, creado por Gülen, que vendría a ser una tercera vía entre el laicismo a ultranza que representan los seguidores de Mustafa Kemal Atatürk, el oficial del ejército que en 1923 fundó la República de Turquía, y el islamismo rigorista hacia el que Er-

dogan parece tener cierta que- rencia. Y lo cierto es que una parte importante de esos cuerpos de funcionarios son seguidores de las propuestas del Hizmet. Fue por ello, por lo que Erdogan promovió una de sus purgas y dispersó a jueces, fiscales y policías que habían intervenido en los procedimientos que le afectaban en una suerte de destierro interior y recolocando en los puestos vacíos a otros empleados públicos más complacientes con el presidente. Erdogan ya dijo entonces que Gülen, en diciembre del 2014, que el teólogo se había propuesto como objetivo derrocar al gobierno de Turquía.

No es de extrañar que ahora lo culpe del golpe de estado fallido

casi como en un automatismo. Gülen ha condenado la asonada militar y la ha rechazado de forma categórica. "El Gobierno debería ganarse mediante un proceso de elecciones libres y justas, no por la fuerza", ha declarado desde Estados Unidos.

Erdogan se ha dado prisa en pedir la extradición de Gülen, "aunque no conste que haya procedimiento alguno contra él, que, además, no está bien visto por los militares", afirma Jesús Gil Fuentana, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid y especialista en oriente próximo. Para el profesor, el golpe fallido le sirve a Erdogan "de excusa para el asunto de Gülen y para ganar más simpatías en Europa". ●